



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
IIGG | GINO
GERMANI
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES - UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Odisea. Revista de Estudios Migratorios
Nº 12, 1 de octubre de 2025. ISSN 2408-445X

Explorando las emociones de los humanitarios: narrativas y prácticas de patrocinadores de refugiados en el Programa Siria, Argentina (2014-2024)

Ana Irene Rovetta Cortés*

	Fecha de recepción: 23-09-2025 Fecha de aceptación: 10-12-2025 DOI: https://10.62174/odisea.10943
Resumen:	Desde la perspectiva humanitaria occidental, los "humanitarios" son personas que, conmovidas por el sufrimiento de "otros distantes", se comprometen a actuar para aliviar su dolor. Partiendo de esta definición, este artículo explora el nexo entre humanitarismo y emociones. Tomando como caso de estudio el Programa Siria, se examinan las narrativas y prácticas de ocho ciudadanos argentinos que ejercieron el rol de patrocinadores de refugiados. Se identifica que las emociones: a) jugaron un rol crucial a lo largo de toda su participación en la iniciativa (durante la toma de decisión, el tiempo de espera y la fase de recepción); y b) tuvieron incidencia tanto en los vínculos que establecieron con las personas sirias desplazadas como en los modos en que éstas últimas fueron desarrollando sus trayectorias en destino.
Palabras clave:	Humanitarios, emociones, patrocinio de refugiados, Argentina, Siria.
Title:	Exploring the emotions of humanitarians: Narratives and practices of refugee sponsors in the Syria Program, Argentina (2018-2024)
Abstract:	From a Western humanitarian perspective, 'humanitarians' are those who, moved by the suffering of 'distant others', engage in actions to alleviate their pain. Based on this definition, this paper explores the connection between humanitarianism and emotions. Taking the Syria Program as a case study, the narratives and practices of eight Argentine citizens who acted as refugee sponsors are examined. The results show that emotions: a) played a crucial role throughout their participation in the initiative (during the decision-making, the waiting, and the reception phases) and b) had an impact, both, on the ties they established with the displaced Syrians and on the ways in which the trajectories of the latter unfolded after arrival.
Keywords:	Humanitarians, emotions, refugee sponsorship, Argentina, Syria.

* Licenciada en Sociología por la Universidad de Salamanca. Magíster en Estudios migratorios, desarrollo e intervención social por la Universidad de Granada. Magíster en Éticas y políticas públicas para la democratización del tercer mundo por la Universidad Complutense de Madrid. Doctora en Ciencias sociales por la Universidad de Padua. E-mail: anairene.rovetta@gmail.com

Introducción

Entre 2014 y 2024 funcionó en la Argentina un programa de patrocinio de refugiados denominado *Programa especial de visado humanitario para extranjeros afectados por el conflicto en la República Árabe Siria* (coloquialmente conocido como Programa Siria). Esta iniciativa fue diseñada para gestionar el arribo y el proceso de adaptación inicial de población siria y palestina afectada por la guerra en Siria. Se basó en el establecimiento de una colaboración entre actores públicos (representantes y trabajadores del Estado) y actores privados (ciudadanos y/o representantes de organizaciones de la sociedad civil), mediante la cual los primeros le concedieron permisos de entrada y residencia a la población desplazada, y los segundos (los “patrocinadores”) la recibieron, le facilitaron una primera vivienda, ayuda en los gastos iniciales de manutención y acompañamiento en el proceso de inserción laboral/educativa durante un período de doce meses.

Durante el primer año de implementación del programa, los únicos actores privados que estuvieron autorizados a ejercer el rol de “patrocinadores” fueron personas con parientes en Siria (DNM, Disposición N° 3917/2014). Sin embargo, desde el año 2015 y hasta la derogación de la iniciativa en julio de 2024 (DNM, Disposición N° 1752/2024), el perfil de quienes podían convertirse en patrocinadores de refugiados se fue ampliando para incluir a: ciudadanos argentinos y residentes en el país sin lazos familiares con personas sirias (DNM, Disposición N° 4499/2015); algunos actores públicos (gobiernos provinciales), organizaciones de la sociedad civil (DNM, Disposición N° 4683/2016); grupos de –mínimo– tres personas físicas, y personas jurídicas inscritas en el Registro Nacional Único de Requirentes de Extranjeros (DNM, Disposición N° 1025/2019). En otras palabras, tras un año de implementación, el Programa Siria pasó de propiciar acuerdos de recepción y acogida entre personas conocidas a habilitar el establecimiento de relaciones de asistencia entre personas (y grupos de personas) que no se conocían entre sí. Esta transformación puso en evidencia un cambio de lógica en la iniciativa. De una intervención basada exclusivamente en dinámicas familiares, se pasó a una basada predominantemente en el humanitarismo en su versión occidental (Pacitto y Fiddian-Qasmiyeh, 2013). Es decir, se promovió que los patrocinadores ampararan no sólo a personas cercanas con necesidad de

protección, sobre la base de un *"clima relacional que se encuentra mediado por diversas dimensiones como relaciones afectivas, roles, autoridad, límites, reglas, normas, uso del tiempo libre y comunicación"* (Sánchez et al., 2015: 134), sino que lo hicieran a personas desconocidas -a quienes se consideraba merecedoras de dicho apoyo-, sobre la base de impulsos morales y emocionales (Bornstein y Redfield, 2011). Dicho de otro modo, desde 2015 el Programa Siria incluyó como posibles patrocinadores a los "humanitarios". Esto es, a personas que, conmovidas ante el sufrimiento de "otros distantes", con quienes no comparten obligaciones morales o conexiones sociales aparentes, se comprometen a actuar para aliviar o erradicar su dolor (Wilson y Brown, 2009). Individuos que sostienen que su involucramiento emerge de emociones como la compasión, la empatía o la simpatía (Suski, 2009); sentires clasificados como "emociones empáticas" (Mahmud, 2022) o "sentimientos solidarios" (Solomon, 1995, en Ahmed, 2015: 63); a saber, sensaciones orientadas hacia el "otro" que nacen de una preocupación por el bienestar ajeno y están fuertemente vinculadas con la percepción de justicia.

Teniendo en cuenta la inclusión de este perfil en la normativa, cabe preguntarse: ¿fueron las emociones, efectivamente, un detonante para la acción de los humanitarios que se involucraron en el programa argentino de patrocinio de refugiados? De ser así, ¿qué emociones motivaron su involucramiento? ¿Se trató de "sentimientos solidarios" o de emociones de otra clase? Por otro lado, considerando que la práctica del patrocinio de refugiados tenía una duración prolongada, ¿emergieron distintas emociones a lo largo del tiempo? ¿Tuvieron incidencia estas emociones en los vínculos que se establecieron con la población siria desplazada forzosamente? ¿Y en sus procesos de adaptación a destino? De ser así, ¿de qué modo? Finalmente, la iniciativa de patrocinio en sí misma, ¿les provocó alguna emoción en particular?

Responder estos interrogantes resulta pertinente desde tres supuestos: a) las emociones, esto es, los *"procesos dinámicos a través de los cuales los individuos experimentan e interpretan el mundo cambiante, se posicionan frente a los demás y configuran sus subjetividades"* (Svašek, 2012: 3, traducción propia), son tan importantes como la racionalidad instrumental como motivos de acción (Flam, 2024); b) la acogida, la hospitalidad y la solidaridad están atravesadas por dinámicas de poder y asimetrías (Mahmud, 2021; Ahmed, 2015);

y c) las iniciativas humanitarias no son únicamente positivas y beneficiosas para aquellos cuyo padecimiento se busca aliviar, sino que pueden conllevar riesgos que deben evaluarse (Hyde, 2011).

Este artículo se basa en una investigación sociológica cualitativa que tuvo como uno de sus objetivos específicos explorar cuáles son las motivaciones que subyacen en narrativas y prácticas humanitarias concretas, y qué consecuencias tienen. En términos de estructura, el texto está organizado en cinco apartados. En el primero se expone el marco teórico. Se hace un breve recorrido por el estudio de las emociones en los estudios migratorios, se presentan los abordajes utilizados en investigaciones con migrantes forzados y las principales consideraciones sobre el nexo entre humanitarismo y emociones. En el segundo apartado se explica la metodología de la investigación llevada a cabo. Se detalla el proceso que se siguió para obtener y analizar datos mediante un trabajo etnográfico que incluyó entrevistas semiestructuradas y observación participante en localidades del Noroeste argentino (NOA) entre mediados de 2018 y 2019. En el tercer apartado se presentan los resultados del análisis exploratorio realizado a partir de las narrativas y prácticas emocionales escuchadas y observadas en las interacciones sociales mantenidas con ocho ciudadanas y ciudadanos argentinos, oriundos del NOA que, entre 2017 y 2019, se involucraron en el Programa Siria y desempeñaron las tareas que la iniciativa reservaba a los patrocinadores de refugiados. En el cuarto apartado se cotejan dichos resultados con los aportes teóricos previamente expuestos. Finalmente, en el último apartado se presentan las principales conclusiones.

Antecedentes teóricos

Pese a que pareciera que *"el a menudo postulado giro emocional de las ciencias sociales aún no ha llegado plenamente al área de las migraciones"* (Albrecht, 2016: 25, traducción propia), es evidente que el interés por comprender mejor el nexo entre las emociones y la movilidad humana ha ido ganando relieve en el ámbito de los estudios migratorios en las últimas dos décadas (Mahmud, 2022; Boccagni y Baldassar, 2015). Del discreto segundo plano que tuvieron en algunas propuestas teóricas del siglo XIX y de la primera mitad del siglo XX (Bjerg, 2019), la dimensión emocional comenzó a cobrar protagonismo gracias: primero, a la teoría de redes sociales, la cual examinó el papel que ésta jugaba en los

procesos de toma de decisión migratoria y de adaptación a destino (Mahmud, 2021), y después; a la teoría del transnacionalismo, la cual analizó, entre otras, las vivencias emocionales de trabajadores/as, infancias y miembros de familias transnacionales (Wise y Velayutham, 2017; Skrbiš, 2008; Wolf, 2002).

A partir de la consideración de que las emociones son aspectos centrales de la movilidad humana, los especialistas han venido examinando, por un lado, el vínculo entre políticas y emociones, y, por otro, los procesos emocionales que surgen a raíz de la movilidad tanto para quienes se trasladan de un país a otro como para quienes no lo hacen (Svašek y Skrbiš, 2007). Respecto al primer punto, se han venido estudiando las implicaciones emocionales que ciertas normativas, instituciones, iniciativas y actores públicos generan en poblaciones desplazadas (Ariza, 2024; Silva Hernández y López-Sala, 2023), y las emociones que subyacen en determinadas políticas (Blanc, 2025) y narrativas públicas (Ahmed, 2004). Sobre el segundo aspecto, se ha venido señalando que los seres humanos no necesitan compartir espacio o tiempo para reaccionar emocionalmente a la existencia de otros, de modo que deben diferenciarse los encuentros emocionales presentes, de aquellos que son recordados o imaginados, y tenerse en cuenta que las ausencias y presencias físicas que forman parte de toda experiencia migratoria tienen también repercusiones emocionales (Svašek, 2012). En cuanto a los análisis de procesos emocionales, suelen distinguirse: la dimensión lingüística o narrativa, la dimensión práctica y la dimensión corpórea. La primera describe *“cómo las categorías culturales de las emociones, y la propia noción de emotividad, producen un conocimiento sobre el mundo y el yo que es, a menudo, histórico y específico de un grupo”*; la segunda *“atiende a la naturaleza performativa de las emociones, tanto en términos de comportamientos inconscientes y aprendidos, como de la más deliberada política de las emociones”*; y la tercera, en cambio, *“explora los aspectos físicos de la experiencia emocional, en particular el proceso perceptivo e interpretativo de la sensación corporal, y la interacción espacial de los cuerpos”* (Svašek, 2012: 5, traducción propia).

En lo referente a la distinción entre migrantes voluntarios y personas en situación de desplazamiento forzado -categoría dentro de la cual se ubica, entre otros, a: desplazados internos, demandantes de asilo, refugiados y exiliados (Clark-Kazak, 2017)-, a pesar de que los estudios sobre migración y emociones

han tendido a situarlos en el mismo marco, es posible identificar tres abordajes para investigar las emociones de las personas desplazadas forzosamente: terapéutico (o patologizante), extraordinario y ordinario (Mahmud, 2022). El abordaje terapéutico se centra en los problemas de salud mental que las personas en situación de desplazamiento forzado experimentan como resultado de las experiencias de violencia vividas, especialmente en origen y tránsito. El abordaje extraordinario, por su parte, focaliza la atención en aquellas experiencias emocionales que sólo han vivido quienes se han desplazado forzosamente. Finalmente, el abordaje cotidiano examina las sensaciones rutinarias o mundanas que experimentan personas desplazadas y personas autóctonas en las sociedades de tránsito y destino, y explora los modos en que las primeras dan sentido al mundo que las rodea y a sus propias experiencias. De los tres, los dos primeros han sido utilizados con mayor frecuencia y tienen en común que ambos contribuyen a presentar a los migrantes forzados como personas “traumatizadas” o “extrañas” (Mahmud, 2021: 36, traducción propia), atravesadas por emociones negativas (como miedo, vergüenza, enojo, ansiedad, humillación y/o culpa), lo cual contribuye a alejar la atención de su capacidad de responder, cuestionar, adaptarse y/o resistir las distintas situaciones que enfrentan en origen, tránsito y destino (Mahmud, 2021, 2022).

Una crítica similar respecto a la representación parcial y sesgada que se hace de los procesos emocionales que experimentan las personas en situación de desplazamiento forzado, puede advertirse también en estudios sobre humanitarismo y refugio (Moulin, 2012; Bornstein, y Redfield, 2011; Wilson y Brown, 2009). En ellos se plantea que, ubicadas en el rol de receptoras de asistencia y/o protección humanitaria, se espera que las personas desplazadas forzosamente demuestren determinadas emociones: fundamentalmente miedo en origen y tránsito (Bergtora Sandvik, 2009) y gratitud en destino (McCallum, 2012).

En relación con los humanitarios, la literatura señala que éstos actúan guiados principalmente por emociones como la compasión, la simpatía, la empatía y la pena o conmisericordia (Bornstein y Redfield, 2011; Suski, 2009). Emociones que Juha Kämpylä y Denis Kennedy (2014) conceptualizan en su trabajo sobre el imaginario humanitario del siguiente modo: la compasión es una emoción orientada a aliviar el sufrimiento ajeno. Se trata de una emoción

normativa y prescriptiva con una connotación social positiva que no debe ser examinada únicamente en el plano individual afectivo, cognitivo o corpóreo de quien la experimenta, sino que debe estudiarse también en el plano sociopolítico, pues ésta es maleable (Rorty, 1998) y responde a intereses políticos y morales específicos que buscan “condicionar y regular las formas específicas de sentir, expresar y poner en práctica la compasión” (Käpylä y Kennedy, 2014: 267, traducción propia). Si bien se trata de una emoción que conduce a un accionar, el tipo de acción mitigadora del sufrimiento que genera y el tipo de alivio que busca ofrecer pueden adoptar distintas formas. En otras palabras, la compasión puede conducir, por ejemplo, a una donación, a un voluntariado o a un patrocinio, y puede consistir en una asistencia concreta e inmediata para paliar un padecimiento o en una búsqueda de cambios más a largo plazo, que transformen las circunstancias que condujeron al sufrimiento. La simpatía, por su parte, es una emoción cercana a la compasión que ha sido a menudo utilizada como su sinónimo. Es más, en el siglo XIX era la emoción frecuentemente asociada al humanitarismo (Wilson y Brown, 2009). Las diferenciaciones que se establecen entre estas emociones en la actualidad pasan por considerar que: a) si bien la simpatía implica el reconocimiento del padecimiento ajeno, no necesariamente va acompañada de un comportamiento específico para aliviarlo; o b) se trata de una emoción menos intensa que la compasión debido a que presume un sufrimiento menor del otro. La empatía, por otro lado, es la emoción que una persona siente cuando proyecta en sí misma un estado emocional ajeno, sin juzgarlo y sin que importe que dicho estado emocional sea más o menos intenso, o que esté asociado a emociones positivas o negativas específicas. En otras palabras, la empatía puede relacionarse con la compasión, pero para emerger no requiere de la existencia de un sufrimiento intenso. Finalmente la pena o conmiseración implica sentir tristeza o lástima hacia el mal que sufre otro ser humano. No precisa de una conexión empática y tampoco tiene por qué derivar en una acción orientada hacia el otro. A diferencia de la compasión, la pena tiene, en la actualidad, una connotación negativa, en tanto que se la vincula con actitudes de condescendencia, superioridad y asimetría que, en algunos casos, derivan incluso en la culpabilización de quien sufre sus propias desgracias.

A pesar de las distinciones señaladas, la línea divisoria entre estas emociones es frágil, lo que lleva a que, a menudo, quienes las experimentan, las

mezclen o acoplen entre sí (Käpylä y Kennedy, 2014). Motivo por el cual no siempre es fácil desagregarlas en narrativas y prácticas humanitarias. No obstante, realizar esta distinción resulta necesario debido a que, como se señaló en la introducción, las consecuencias de cualquier accionar humanitario no son simplemente beneficiosas o reparadoras, sino que comportan riesgos que deben ser examinados (Hyde, 2011).

Apartado metodológico

Entre los meses de julio de 2018 y mayo de 2019 realicé trabajo de campo etnográfico (entrevistas semiestructuradas y jornadas de observación participante) en distintas provincias de dos regiones del interior de la Argentina (Cuyo y el Noroeste) con objeto de conocer cómo se estaba implementando el Programa Siria en cada una de ellas. Interactué con funcionarios de la Dirección Nacional de Migraciones (DNM), con trabajadores de organismos internacionales (Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), Organización Internacional de las Migraciones (OIM) y Cascos Blancos), con representantes de organizaciones no gubernamentales (Refugio Humanitario y Fundación AMAL Argentina), responsables y trabajadores del Corredor Humanitario de San Luis, integrantes de sociedades sirio-libanesas, personal de un consulado sirio, intermediarios, colaboradores, ciudadanos y ciudadanas sirios recién llegados, patrocinadores con lazos familiares en Siria, y ciudadanos y ciudadanas argentinos que se comprometieron a ejercer el rol de patrocinadores de personas a quienes no conocían personalmente antes de involucrarse en el programa. Sobre las experiencias de estos últimos, a quienes defino como humanitarios, versa este artículo.

Para contactarlos utilicé la técnica de la bola de nieve. Mediante ella pude entrevistar y observar algunas prácticas de ocho personas -cinco mujeres y tres hombres- adultos de nacionalidad argentina, de entre 25 y 65 años, residentes en localidades del NOA. Cinco eran padres y los tres restantes padres y abuelos. Cinco tenían un muy buen pasar económico, y tres se encontraban en una situación económica más ajustada. Todos se encontraban trabajando y habían cursado estudios superiores (en disciplinas del área de las ciencias sociales, las humanidades y las ciencias de la salud). Seis habían finalizado la cursada y dos no. Seis refirieron contar con experiencia en iniciativas humanitarias,

colaborando con asiduidad en comedores y merenderos, y eventualmente en campañas ante emergencias climáticas locales o dentro del sistema de protección a menores de edad. En lo referente a sus confesiones religiosas, tres personas se identificaron como cristianas no practicantes, dos como cristianas practicantes, dos como judías, y una optó por no dar información respecto a su sistema de creencias.

Resulta importante precisar que, aunque todas estas personas se encontraban realizando tareas propias de patrocinadores (o “llamantes” como los denomina el programa), cuando las contacté, no todas ellas figuraban como llamantes en los legajos de la DNM. Esto fue así porque, en cuatro casos, suplieron, en las labores de recepción y acogida, a las personas que se habían inscrito como tales, lo cual no quedó registrado en dos ocasiones; y porque dos de las personas con quienes hablé, ante un impedimento burocrático en el marco del programa, optaron por hacerse cargo por sus propios medios del desplazamiento y de la acogida de una persona con necesidad de protección internacional. Dado que todas actuaron conmovidas por la crisis humanitaria en Siria, en favor de personas desconocidas, y que fueron quienes efectivamente se hicieron cargo de garantizar el arribo, el alojamiento y el sustento de los recién llegados, su falta de reconocimiento institucional no las excluyó de la investigación.

En las entrevistas que realicé con todas ellas, les consulté cómo supieron de la existencia del Programa Siria, qué las llevó a querer involucrarse como patrocinadoras de refugiados, y les pedí que describieran el proceso y los recursos que habían desplegado para, tal y como rezaba la Web del Programa: *“cubrir las necesidades básicas de vivienda, alimentación y manutención, en el proceso de aprendizaje de nuestro idioma, y por qué no, en la búsqueda laboral o ingreso al sistema educativo”*. Asimismo, les consulté si habían recibido algún tipo de apoyo por parte de algún organismo estatal, supraestatal, o de alguna organización no gubernamental; cómo había sido y era el vínculo que habían establecido con las personas desplazadas forzosamente a quienes se habían comprometido a asistir; cuáles eran, en su opinión, los puntos de fortaleza y debilidad del Programa Siria, y qué evaluación global hacían de la experiencia hasta ese momento.

En lo relativo al modo de llevarlas a cabo, todas las entrevistas fueron presenciales y transcurrieron en espacios elegidos por cada una de estas personas (seis fueron en cafeterías y dos en domicilios particulares). Su duración osciló entre la hora y diez minutos, y las dos horas y media. Todas quedaron registradas en audio, fueron transcritas y anonimizadas. En siete casos, las entrevistas estuvieron acompañadas por otros encuentros presenciales y telemáticos gracias a los cuales se pudo obtener más información respecto a la evolución de los procesos de participación en el programa y de los vínculos con las personas sirias acogidas. En este sentido, cabe precisar que, si bien los resultados principales que se presentan en este texto se basan en el análisis del contenido de las narrativas compartidas durante las entrevistas, de forma complementaria se incorporan también algunas reflexiones que emergieron a raíz de las interacciones sociales que las sucedieron; todas ellas registradas por escrito en el diario de campo.

El análisis se realizó mediante la codificación, entendida como aquel “método que permite organizar y agrupar datos en categorías o “familias” sobre la base de características compartidas” (Saldaña, 2009: 8, traducción propia). El primer ciclo de codificación incluyó los métodos elementales (codificación descriptiva, codificación de proceso, codificación inicial y codificación *in vivo*), gramaticales (codificación de atributos y de frecuencia), y afectivos (codificación de emociones, codificación de valores, codificación *versus*, codificación de evaluaciones); y el segundo ciclo fue de codificación teórica (Saldaña, 2009). El proceso fue realizado con un software CAQDAS. Dicho trabajo condujo a los resultados que se relatan en el siguiente apartado. Unos resultados que, si bien modestos en término de dimensiones o representatividad, consienten la exploración de una temática aún poco estudiada: aquella relativa a la comprensión de los procesos emocionales que los denominados humanitarios pueden experimentar, por un lado, hacia aquellas “víctimas” cuyo padecimiento estiman merecedor de alivio y, por otro, hacia la política humanitaria en la que enmarcan o basan su accionar.

Resultados

El análisis de las narrativas y, en menor medida, prácticas de los humanitarios sobre su involucramiento en el patrocinio de refugiados condujo a la

identificación de tres momentos o fases emocionales en relación con la población siria a la que querían ayudar: a) el momento de la toma de decisión de intervenir para aliviar el sufrimiento de desconocidos; b) el momento de la espera del arribo de la población siria; y c) el momento de la recepción.

La toma de decisión se narró como un momento dominado por las llamadas emociones empáticas (compasión, empatía y simpatía) y, en menor medida, por la pena o conmiseración. La decisión se tomó, en todos los casos, entre dos personas (o "socios humanitarios"). O bien con la pareja, o bien con otra persona que, encontrándose al tanto de las necesidades de evacuación de población procedente de Siria, deseaba actuar.

En todos los casos, la inquietud aconteció entre cuatro y 12 meses después de que el entonces presidente, Mauricio Macri (2015-2019), proclamara que quería aumentar el número de refugiados sirios admitidos en la Argentina, hasta alcanzar los 3.000. Un anuncio que respondía a un llamado de las Naciones Unidas, organización que acababa de aprobar, el 19 de septiembre de 2016, la Declaración de Nueva York para los Refugiados y los Migrantes; y con el cual el gobierno buscaba posicionar a la Argentina como una nación hospitalaria, en un momento histórico en que los países de la Unión Europea discutían cómo repartir(se) la responsabilidad de la acogida de ciudadanos sirios arribados a territorio europeo. Sin embargo, a pesar de que la decisión presidencial fue recogida en varios medios de comunicación nacionales (como *La Nación*, *Clarín* o *Infobae*), los relatos recabados no la mencionaron como su fuente de información con respecto a la iniciativa. Sino que fue a través de mensajes reenviados en distintos grupos de WhatsApp que los ocho entrevistados supieron de la existencia del Programa Siria (en dos casos), o bien de personas o familias sirias específicas que anhelaban salir de su país o de algún país limítrofe con Siria (en seis casos).

Quienes supieron de la existencia del Programa Siria, buscaron inscribirse como patrocinadores en la delegación de la DNM de su localidad. Al acudir, los funcionarios les preguntaron a quién(es) deseaban patrocinar; y como no tenían candidatos concretos, se les dijo que no podrían participar en la iniciativa hasta que no tuvieran conocimiento de personas específicas. Situación que les generó perplejidad y decepción, pues habían previsto que la institución encargada de gestionar la admisión humanitaria -en un contexto de presunta apertura del país

a la llegada de población afectada por el conflicto armado en Siria- dispusiera de un listado de personas con necesidad de protección internacional.

Sólo tras contactarse con otros humanitarios tomaron conocimiento de la existencia de una organización no gubernamental (ONG) llamada Refugio Humanitario, la cual se había constituido en el país a raíz de la implementación del programa. Una ONG, cuya base estaba en la ciudad de Buenos Aires, que recibía datos de casos de personas sirias por mediación, entre otros, de un religioso argentino que residía en Siria, y los publicaba en una cuenta de *Facebook* con el objetivo de conmover a ciudadanos y residentes de todo el país e incitarlos a involucrarse como patrocinadores en el Programa Siria. Fue precisamente por información que esta ONG difundió en sus redes, reenviada posteriormente a través de grupos de *WhatsApp*, que los otros seis humanitarios entrevistados se enteraron de la necesidad de huida de individuos específicos antes de saber que existía un programa de patrocinio de refugiados en la Argentina.

Veamos un extracto de la entrevista con Huasi, una mujer que patrocinó, junto a su marido, a una familia, y que ilustra esta circunstancia:

Fue una cosa rara, porque nos llamaron a través de *WhatsApp*, sí, diciendo que estaba esta gente necesitando ayuda, qué sé yo, y entonces nosotros dijimos que queríamos conocer a la gente que nos llama (...) Y cuando nos mostraron la foto, en el acto dije ya, ya los quiero acá, ya. Fue una cosa del corazón, salió del corazón, que vengan ya. (...) Esto es amor. Puro amor al prójimo, nada más.

Preguntada acerca de los motivos por los cuales tomó la decisión de intervenir, Huasi respondió que su accionar estuvo motivado por el afecto. Ver una foto de familia resultó determinante: la similitud entre la composición de la familia siria y la suya la llenó de emoción, y la llevó a tomar la determinación de actuar. En su caso, como en otros cinco casos, las emociones imperantes en las narrativas referidas a este momento fueron la compasión y la empatía.

Compasión por las difíciles circunstancias que atravesaba el pueblo sirio, las cuales conocían, principalmente, a través de los medios de comunicación. Se mencionaron noticias como: los bombardeos en la ciudad de Alepo; los ataques con armas químicas perpetrados por el régimen de Bashar al-Ásad (información ampliamente difundida en Occidente con el objeto de deslegitimar dicho gobierno); y las muertes en el Mediterráneo (especialmente la del niño Aylan

Kurdi, cuyo cuerpo fue encontrado sin vida en una playa turca, tras el hundimiento de la embarcación en la que viajaba junto a su familia).

Empatía hacia las personas específicas a quienes querían asistir, en función de características como: género, edad, composición familiar (en el caso de familias) y nivel de riesgo percibido. En los dos casos restantes, las emociones predominantes fueron una amalgama de compasión y pena, y de simpatía, conmiseración y tristeza. Este último es el caso de Maite, una mujer que patrocinó a un joven junto con una conocida, quien durante la entrevista relató:

Y entonces [la socia humanitaria] estaba muy decidida a traerlo [al joven sirio] y me rogaba, ¿viste? Y yo simplemente tenía que decir pongo la plata o no, ¿me entendés? No me gustaban mucho las formas porque no había nada claro. Ninguno de los del Plan Siria aparecía, nada. Nada seguro, ¡que sé yo! Entonces me dice [ella]: mira, [el sirio] tiene esto por [unos] meses, tiene la posibilidad de salir. Si no, lo llaman al servicio militar, y podés considerarlo como perdido. Entonces yo le dije, bueno la plata estaba, yo pongo esta plata y bueno sigamos adelante. (...) [Esto] también tiene que ver que toda la familia de mi papá fue totalmente perseguida durante la Guerra Civil. Mi papá viene acá justamente porque le habían matado un cuñado, otro hermano muerto en la guerra, una hermana perseguida totalmente por Franco. (...) Entonces, yo viví en un hogar en contra de Franco totalmente. Y sí, evidentemente se chupa el sufrimiento de lo que es el desarraigo y las guerras, ¿no? (...) Entonces este... fue como sanear esa tristeza heredada.

En estos extractos de la entrevista, Maite comienza hablando de la mujer con la que se asoció para facilitar la llegada de un sirio en edad de ser llamado al servicio militar. A lo largo de su relato, muestra conmiseración hacia ella en varias ocasiones, debido a que, por su situación económica precaria, no podía asumir el costo de los pasajes aéreos para que el joven llegara al país. Entre líneas se advierte que, la motivación de su socia humanitaria para asistir al joven, tiene que ver también con la pena. Desde una posición de superioridad estima que si no intervienen para salvarlo, el daño para él será irreparable, sin que él pueda hacer nada por evitarlo. Con respecto al joven en cuestión, Maite muestra simpatía, y es en función de ésta, y de la tristeza que le provocan los recuerdos del exilio de su familia paterna, que decide intervenir, financiando el desplazamiento y asumiendo los gastos de alimentación del joven durante el período posterior a su llegada.

En su relato se observa, asimismo, que el desplazamiento forzado forma parte de su propia historia familiar y que siente que intervenir le ayuda, de

alguna forma, a sanar una herida “heredada”. Tanto en su caso como en otros, puede advertirse la relevancia que la historia de la inmigración en Argentina adquiere en el plano personal. Prácticamente todos los humanitarios mencionaron tener antepasados migrantes (europeos y/o de Oriente Medio) y percibir el fenómeno migratorio, tanto voluntario como forzado, como algo cercano o familiar. Por otro lado, también desde una perspectiva intergeneracional, todos señalaron un deseo de convertirse en referentes para sus descendientes (hijos y/o nietos), mostrándoles, a través de la práctica humanitaria, que no sólo es posible sino necesario asistir a quienes sufren, sin distinciones en función de distancias geográficas o culturales (étnicas, religiosas o lingüísticas).

En lo relativo al momento de espera del arribo de la población siria, las narrativas sobre procesos emocionales de los ocho humanitarios incluyeron, aunque en distinto grado, ansiedad, miedo y frustración. Las demoras y/o trabas burocráticas que encontraron para concretar el arribo de las personas sirias a quienes querían asistir, les hicieron reparar en su lugar de subordinación respecto a los actores estatales involucrados en el proceso de otorgamiento de permisos de entrada y residencia; y, en varios casos, acrecentaron sus temores respecto a los daños que las personas sirias podían sufrir mientras aguardaban su traslado. El siguiente extracto de la entrevista realizada con Fariza, mujer que patrocinó a una familia, junto con su esposo, ilustra estas emociones:

El tema es que nosotros nos empezamos a comunicar con la familia, todo, y el tiempo empieza a pasar, y ellos, la familia estaba en una situación muy particular, porque habían tenido unos llamantes en [otra provincia] que se habían bajado a último momento. Entonces, ellos ya habían dejado el trabajo, habían vendido la mitad de sus cosas, los chicos ya no estaban escolarizados hacía un año, y se les vencía la visa, o sea, era urgente que salgan.

Tanto en su caso como en los de otros tres patrocinadores entrevistados, las personas sirias a quienes querían asistir, se encontraban inscritas en el Programa Siria como “beneficiarias” con anterioridad a su involucramiento en la iniciativa. Es decir, estas personas sirias contaban con un visado en sus pasaportes a través del cual se les había dado el margen de un año para ingresar al territorio argentino. Esto había ocurrido porque, antes que ellos, otros ciudadanos argentinos se habían comprometido a recibir a estas personas, pero habían cambiado de opinión y desistido de asistirlas con anterioridad a que arribaran

("se habían bajado" o "borrado", en palabras de los entrevistados). Sin embargo, la retirada de quienes podemos denominar como "patrocinadores originales" no detenía el tiempo de vigencia de los visados. Motivo por el cual Fariza y otros tres participantes de estudio, "segundos patrocinadores", se encontraban con un margen de tiempo muy acotado para conseguir el dinero de los pasajes aéreos de las personas a quienes querían traer, y cubrir también los gastos de acompañamiento en el aeropuerto, que el personal de la OIM solicitaba en el marco del Programa Siria.

Como le pasaba a la socia humanitaria de Maite, Fariza y su esposo no contaban con recursos económicos suficientes para asumir los costos del desplazamiento de la familia que querían acoger. Disponían de una vivienda para alojarlos, pero no de dinero suficiente para cubrir uno o varios traslados. Por esa razón, y ante el apremio, Fariza y su socio humanitario decidieron lanzar una micro campaña de financiamiento colectivo para lograr su objetivo. A través de ella obtuvieron el monto necesario, unas semanas antes de que vencieran los visados humanitarios de las personas a quienes patrocinaron. En contraste, en los otros tres casos en que los humanitarios entrevistados pagaron los desplazamientos internacionales, el desembolso no fue presentado como angustiante debido a que su situación económica era de mayor solvencia.

Finalmente, en las narrativas sobre la fase de recepción se identificó la mayor heterogeneidad emocional hacia las personas sirias patrocinadas. Destacan, en orden decreciente: la empatía, la admiración, la ansiedad, la lástima, la decepción, el enojo y la indignación. En todos los casos, al relatar los procesos de acogida, los patrocinadores enfatizaron los esfuerzos realizados por comprender y acompañar a los migrantes en sus procesos de adaptación a destino, y describieron la tarea como un procedimiento lleno de complejidades, pues todos ellos se hicieron cargo de ofrecerles a los recién llegados un lugar donde residir (su propia vivienda en cinco ocasiones y un alojamiento distinto al propio en tres casos); se ocuparon de la manutención; costearon clases semanales de español; colaboraron en la búsqueda de empleo de los adultos; consiguieron plazas en escuelas para los menores de edad; y facilitaron, cuando fue necesario, el acceso a profesionales de la salud y medicamentos. Estas prácticas se realizaron en la totalidad de los casos desde una actitud comprensiva, poniéndose en el lugar de los recién llegados, y admirando a

menudo su capacidad de adaptación al nuevo idioma y a las distintas características de sus nuevos entornos socio-culturales. Sin embargo, el trabajo de acompañamiento se hizo también con cierta carga de angustia cuando se encontraban reveses relacionados, sobre todo, con la esfera laboral; cuando, por ejemplo, los adultos no conseguían (man)tener un trabajo. Y, en algunas ocasiones, se relataron experiencias de frustración, especialmente cuando los migrantes recién llegados hacían algo distinto a lo esperado, como rechazar o mostrar falta de iniciativa ante una propuesta laboral o realizar una compra considerada innecesaria o excesiva. No obstante, en esas circunstancias, siete de los entrevistados señalaron haber hecho un esfuerzo mayor de comprensión y haber aceptado que su rol era el de apoyar procesos de inserción, no el de dirigirlos. El caso restante, el de Mafalda, en cambio, expuso una perspectiva humanitaria diferente. En sus propias palabras:

Yo le dije: acá vas a estudiar igual que mis hijos. Acá vas a estudiar vos. ¿Querés tocar la guitarra? Acá con eso no vive. (...) Yo le tengo penado, yo no manejo las redes sociales, pero le tengo penado con publicar fotos en *Facebook*, esas cosas no. Porque él dejó allá [familiares cercanos], sé que hay [familiares lejanos] que si bien no tiene mucho contacto con ellos, pero es familia... ¿Qué es lo que pasa allá? ¿Cómo es la represalia? No sé, le digo tratemos de evitar posibles problemas que puedan tener ellos.

Al momento de la entrevista, habían transcurrido tres meses desde la llegada del sirio - un joven de alrededor de veinte años- a quien acogió en su casa. Durante ese período, el chico había tomado algunas clases de español, manifestado su interés por aprender a tocar la guitarra, había pasado mucho tiempo fuera del domicilio, y comenzado a establecer numerosas amistades entre los jóvenes de la localidad, con quienes acudía a distintos eventos sociales. Si bien este es un comportamiento relativamente estándar entre personas de su edad, no cumplía con las expectativas de Mafalda, quien se quejaba de que él no había venido a salir y pasarla bien, sino a empezar una nueva vida. Por ello, intentaba corregir su conducta, redirigir sus intereses, controlar sus posteos en redes sociales, sus horarios de entrada y salida, sus gastos, su consumo de electricidad y gas en la casa e, incluso, los regalos que su socia humanitaria le ofrecía. El enojo y la indignación eran notorios, ante lo que ella interpretaba como proceder desconsiderados en el día a día. En cierto sentido, reflejaban el contraste que existía entre la imagen que ella había proyectado del joven refugiado como

víctima necesitada de salvación, y la persona sociable y desenfadada con quien se encontraba conviviendo.

El malestar emocional que sentía terminó conduciendo a que, cuatro meses después de la entrevista, tras una discusión, echara al chico de su casa y le pidiera a otras personas vinculadas con el Programa Siria que lo asistieran en lo que pudieran. Tras varios meses de enfrentar situaciones de vulnerabilidad, el joven terminó siendo acogido por dos humanitarios, quienes, mientras seguían esperando a que le dieran visados humanitarios a la familia siria a la que querían patrocinar (algo que, lamentablemente para ellos, no ocurriría), se dedicaron a asumir tareas propias de patrocinadores de refugiados, para asistir a varias personas sirias que se encontraban ya en la Argentina, y a quienes sus patrocinadores habían dejado de respaldar. Además de recibir en su casa al joven sirio, estas personas ayudaron a otras cinco personas a conseguir alojamiento y oficiaron de garantes en el alquiler de un local comercial para un micro-emprendimiento gastronómico.

Finalmente, en relación con las narrativas de los humanitarios respecto al Programa Siria en sí mismo, la política migratoria que posibilitó su involucramiento en la práctica de acoger, asistir, alojar y acompañar a población siria, se observaron emociones de signo negativo en todos los casos: desconcierto, frustración, enojo, indignación y/o decepción.

Por un lado, destacaban la sensación de soledad y abandono por parte del Estado argentino. Las críticas se dirigían principalmente a los funcionarios de la DNM, pero también de Cancillería y de los Consulados argentinos en Oriente Medio, por su falta de "empatía", por la falta de transparencia en los procesos de selección y por las demoras en el otorgamiento de visados. Asimismo, se cuestionaba la actuación de otras organizaciones, como Refugio Humanitario, Cascos Blancos, ACNUR y OIM por la falta de un acompañamiento sistemático y por los manejos discrecionales de fondos que recibían. Con respecto al patrocinio de refugiados como mecanismo de admisión: valoraban positivamente que los recién llegados hubieran accedido a un DNI al poco tiempo de su arribo, lo cual les permitía trabajar legalmente, acudir a instituciones educativas y acceder a la atención sanitaria de urgencia; pues eran conscientes de que migrantes de otros orígenes -o admitidos por otras vías- no contaban a menudo con dicha posibilidad. Sin embargo, mostraban indignación hacia las motivaciones políticas

que subyacían en la iniciativa. Pues consideraban que ésta disfrazaba de apertura y de hospitalidad nacional lo que en realidad era una: a) “lavada de manos” del Estado, debido a la delegación de responsabilidades públicas en actores privados; y b) una “lavada de cara” frente a la comunidad internacional, puesto que la Argentina podía presentarse como un país comprometido con la defensa de los derechos de los refugiados mediante una iniciativa mínima: b1) dirigida únicamente a personas afectadas por un conflicto específico, y no a cualquier persona con necesidad de protección internacional, y b2) con un alcance limitado. En la década que duró el Programa Siria, sólo 491 personas arribaron al país por esta vía (TAD, 2024). Una cifra seis veces inferior a la anunciada por el presidente Macri en el año 2016.

Discusión

El estudio de las narrativas y prácticas de los ocho humanitarios argentinos involucrados en el patrocinio de refugiados sirios permite advertir que, tanto el fenómeno de la migración forzada como la política migratoria que autorizó (o no) los desplazamientos produjeron: emociones diversas e intensas para todos ellos, acciones específicas a partir de éstas y, ambas, repercusiones para la población arribada. En otras palabras, los resultados de esta investigación de tipo exploratorio confirman los principales postulados de los estudios migratorios centrados en emociones: hay una estrecha relación entre procesos emocionales y movilidad humana (Svašek, 2012), y también un fuerte nexo entre política(s) y emoción (Käpylä y Kennedy, 2014).

En lo relativo al nexo entre las emociones y la migración forzada, es posible establecer una conexión entre las experiencias emocionales descritas por los humanitarios en cada una de las fases o etapas emocionales que se identificaron en el análisis (toma de decisión de patrocinar, espera de resolución y arribo, y recepción) y los abordajes predominantes en el estudio de los desplazamientos forzados (terapéutico/patologizante, extraordinario y ordinario) (Mahmud, 2022). Así, los abordajes que se distinguen en la fase de toma de decisión son (en orden decreciente) extraordinario y terapéutico/patologizante; los abordajes que se registran en la fase de espera son extraordinario, ordinario y terapéutico/patologizante; y los que se reconocen en la fase de recepción son ordinario, extraordinario y terapéutico/patologizante. Es decir, el momento en

que se tomó la resolución de intervenir se basó en la preocupación por el bienestar de personas a quienes aún no se conocía personalmente, a partir de la estimación que se hizo, mediante imaginación y recuerdos, de los múltiples riesgos a los que éstas podían estar sometidas. Riesgos relacionados con situaciones que los humanitarios no habían vivido personalmente (como bombardeos, persecuciones o huidas), pero que estimaban que podían contribuir a sortear de cara a evitar nuevos daños (abordaje extraordinario) o traumas irreversibles (abordaje terapéutico/patologizante). Es decir, durante esta fase la capacidad de agencia se ubicaba, desde la perspectiva de los humanitarios, de su lado: el de quien ofrece el regalo humanitario de la protección (Moulin, 2012). Sus emociones actuaron como motores de la acción y su accionar fue autopercibido como necesario y urgente, a partir de un razonamiento del tipo: *“el sufrimiento está presente, es necesario actuar y no hay tiempo que perder”* (Käpylä y Kennedy, 2014: 278, traducción propia). La fase de la espera coincidió con el momento en que imaginación y los recuerdos comenzaron a estar acompañados por encuentros recurrentes en modalidad virtual con las personas a quienes querían ayudar. Esto condujo a conocer más de acerca las particularidades de la situación en que se encontraba cada individuo o familia siria, y, en la mayoría de los casos, a reconocer que, si bien pequeña, esta población tenía alguna capacidad de agencia para responder, adaptarse y/o resistir las situaciones específicas que estaba enfrentando. Esta fase también los confrontó con los límites de su propia capacidad de actuación, pues debieron hacer frente, tanto a las decisiones como a los tiempos más dilatados que tomaban los actores públicos con capacidad de autorizar los permisos de ingreso y residencia. Confrontadas con una decisión institucional insatisfactoria, desde una perspectiva terapéutica/patologizante, dos de las humanitarias optaron, en esta fase, de cara a proseguir con su decisión de patrocinar refugiados, por buscar otra vía de acceso al país. Finalmente, la fase de recepción supuso un aumento significativo del abordaje cotidiano, un alejamiento progresivo del abordaje extraordinario y, en un caso en particular, un reforzamiento del abordaje terapéutico/patologizante. Para la mayor parte de los humanitarios, los procesos emocionales comenzaron a estar basados en encuentros presenciales continuos que en recuerdos o imaginación, y a enfocarse más en reconocer, acompañar y aceptar los esfuerzos diarios de adaptación que observaban en los

recién llegados que en las experiencias que éstos habían vivido en origen o tránsito. Sólo en el caso en que se mantuvo la perspectiva patologizante, esta se tradujo, en la práctica, en ejercicios correctivos que concluyeron con una ruptura del vínculo, la cual llevó a la "víctima humanitaria" a nuevas situaciones de vulnerabilidad y derivó en la posterior intervención de otros humanitarios.

El contraste de este último caso con los demás, permite enunciar, aunque de manera tentativa, una relación entre el predominio de determinadas emociones en la acción humanitaria y las consecuencias de ésta para la población a quien se busca asistir. Pues, tal y como señala Laura Suski, "*cada una de las emociones [que ocasionan la acción humanitaria] tiene distintas implicaciones éticas*", y parecería que el "*humanitarismo basado en la pena*" (2009: 210 y 216, traducción propia), o que mezcla conmiseración y compasión, es más propenso que los humanitarismos basados en una combinación entre empatía y compasión o entre simpatía y compasión a: 1) desconocer la capacidad de agencia de las personas a quienes se busca asistir/proteger; y 2) cuestionar más su merecimiento. En este sentido, el análisis permitió advertir que quien sintió pena como emoción principal al llevar a cabo la acción del patrocinio de refugiados, esperó que la interacción con quien había acogido estuviera cargada de muestras de deferencia, admiración y gratitud que quienes actuaron motivados por emociones como la compasión, la empatía e incluso la simpatía. Así, cuando la expectativa de reconocimiento no se cumplió, desde el humanitarismo conmiserativo-compasivo comenzó el cuestionamiento respecto al grado de merecimiento del destinatario y, al contrastar la disparidad entre lo proyectado y lo encontrado, se interrumpió la acción. En terminología de Sara Ahmed (2004), el vínculo con el "objeto de la emoción" cambió debido a que quien arribó demostró no poseer ni las características de la víctima "genuina" ni las emociones "correctas".

Frente a este caso, los humanitarios más empático- y simpático-compasivos demostraron un menor interés en recibir demostraciones de agradecimiento, destacaron la satisfacción que les provocaba sentir que ayudaban a otros seres humanos, y señalaron que, si bien eran conscientes de la posición privilegiada que ocupaban en relación con los recién llegados (pues incidieron directamente en: la localidad a la que llegó la población siria, cuál fue su primer alojamiento, qué instituciones educativas se insertaron los menores de

edad, quienes les enseñaron español y qué instituciones sanitarias los atendieron en caso de necesidad), su objetivo era acompañar sus procesos de adaptación a nuevos contextos, no controlarlos. Por ello, llevaron a cabo un trabajo interno de “gestión emocional” (Hochschild, 1983) ante los retos emocionales cotidianos que experimentaron durante la fase de recepción de la población desplazada forzosamente, y facilitaron, en función de sus posibilidades, sus trayectorias.

Finalmente, en lo concerniente al nexo entre política y emociones, el análisis permite constatar que, pese a que el Programa Siria buscó la generación de compasión de la población oriunda y residente en el país, de cara a promover su implicación en la iniciativa, el desconocimiento, la falta de claridad respecto al funcionamiento del programa, y su limitación en términos de alcance, nacionalidad y conflicto, suscitaron cuestionamientos y emociones negativas entre los humanitarios que se interesaron en patrocinar a población siria. En otras palabras, se observó una disparidad entre los intereses político-morales de quienes diseñaron e implementaron la iniciativa y los de quienes ejercieron la práctica humanitaria. Mientras los primeros apelaban a la compasión de la sociedad civil con respecto a las consecuencias de un conflicto armado, en un momento histórico en que éste se encontraba en la agenda política y mediática de las grandes potencias occidentales; los segundos consideraban no sólo que otras personas en situación de desplazamiento forzado merecían ser también acogidas, sino que el patrocinio de refugiados en sí mismo resultaba problemático al ser un mecanismo que depositaba la gran responsabilidad de la recepción y acogida de población con necesidad de protección internacional en actores privados (no ya organizaciones, sino individuos) sin otorgarles acompañamiento, recursos o un seguimiento eficiente.

Conclusiones

En este artículo se han examinado las narrativas y prácticas de ocho ciudadanas y ciudadanos argentinos humanitarios que ejercieron el rol de patrocinadores de personas sirias en situación de desplazamiento forzado, a quienes no conocían personalmente. Se ha identificado que las emociones tuvieron un papel fundamental a lo largo de toda su participación en la iniciativa humanitaria. En relación con el programa, predominaron emociones negativas: decepción, indignación, desconcierto y enojo. En lo relativo al vínculo con la población siria,

se distinguieron tres fases. A la hora de tomar la decisión de convertirse en patrocinadores de refugiados, la compasión, la empatía, la simpatía y, en menor medida, la pena fueron fundamentales. Durante el tiempo de espera de los arribos, la ansiedad y la frustración adquirieron protagonismo. Y, tras el arribo de la población siria, se advirtió una mayor heterogeneidad de emociones: empatía, ansiedad y admiración, sobre todo entre quienes actuaron movidos por la compasión y la empatía/simpatía; y lástima, decepción, enojo e indignación entre quienes lo hicieron desde una combinación de compasión y pena. Todo lo cual, a su vez, incidió en los vínculos que establecieron con las personas desplazadas y en los modos en que se fueron desarrollando las trayectorias de estas últimas en destino.

Mientras el Programa Siria llegaba a su fin, la Argentina, siguiendo los llamamientos del ACNUR, la OIM y la Iniciativa Global de Patrocinio de Refugiados, lanzó nuevas iniciativas que incluyen el patrocinio de refugiados como vía de admisión al país: el *Programa GROW* y el *Programa Especial de Visado Humanitario para personas desplazadas por desastres socio-naturales, nacionales y residentes en los Estados Unidos Mexicanos, Centroamérica y el Caribe* en 2022; y el *Plan Nacional de Reasentamiento y Vías complementarias de admisión* desde el año 2023. Por ello, resulta necesario continuar indagando, desde una perspectiva cualitativa, cómo funcionan en la práctica estos programas y qué consecuencias tienen para cada uno de los actores sociales involucrados. En este sentido, cabe esperar que investigaciones futuras examinen otras experiencias de patrocinio de refugiados -de ser posible, con muestras mayores-, que analicen, entre otras cuestiones, las narrativas sobre procesos emocionales de quienes se hicieron cargo de las tareas de recepción y acogida, así como de las poblaciones desplazadas forzosamente.

Referencias

Ahmed, Sara (2004). Affective economies. *Social text*, 22(2), pp. 117-139.

Ahmed, Sara (2015). *La política cultural de las emociones*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Albrecht, Yvonne (2016). Emotions in motion. How feelings are considered in the scope of migration sociological studies. *Digithum*, 18, pp. 25-33. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=55045670005>

Ariza, Marina (2024). Migration, institutions and emotions. En Flam, Helena (Ed.) *Research Handbook on the Sociology of Emotion* (pp. 312-328). Edward Elgar Publishing. Recuperado de: <https://doi.org/10.4337/9781803925653.00022>

Bergtona Sandvik, Kristin (2009). The physicality of legal consciousness: suffering and the production of credibility in refugee resettlement. En Wilson, Richard y Brown, Richard (Eds.) *Humanitarianism and suffering: the mobilization of empathy* (pp. 223-244). Cambridge University Press.

Bjerg, María (2019). Una genealogía de la historia de las emociones. *Quinto Sol*, 23(1), 1-20. <https://doi.org/10.19137/qs.v23i1.2372>

Blanc, Emmanuelle (2025). The EU in motion through emotions: Fear and migration policy in the Euro-Mediterranean context. *Mediterranean Politics*, 30(1), pp. 1-26. Recuperado de: <https://doi.org/10.1080/13629395.2023.2265258>

Boccagni, Paolo y Baldassar, Loretta (2015). Emotions on the move: Mapping the emergent field of emotion and migration. *Emotion, Space and Society*, 16, pp. 73-80. Recuperado de: <https://doi.org/10.1016/j.emospa.2015.06.009>

Bornstein, Erica y Redfield, Peter (2011). *Forces of compassion: Humanitarianism between ethics and politics*. SAR Press.

Clark-Kazak, Christina (2017). Ethical Considerations: Research with People in Situations of Forced Migration. *Refuge: Canada's Journal on Refugees*, 33(2), pp. 11-17. Recuperado de: <https://doi.org/10.7202/1043059ar>

DNM, 2014, Disposición 3917/2014. Buenos Aires: Dirección Nacional de Migraciones.

DNM, 2015, Disposición 4499/2015. Buenos Aires: Dirección Nacional de Migraciones.

DNM, 2016, Disposición 4683/2016. Buenos Aires: Dirección Nacional de Migraciones.

DNM, 2019, Disposición 1025/2019. Buenos Aires: Dirección Nacional de Migraciones.

DNM, 2024, Disposición 1752/2024. Buenos Aires: Dirección Nacional de Migraciones.

Flam, Helena (Ed.) *Research Handbook on the Sociology of Emotion*. Edward Elgar Publishing.

Hochschild, Arlie Russell (1983). *The Managed Heart. Commercialization of human feeling*. University of California Press.

Hyde, Sandra Teresa (2011). Screams, Cries, and Whispers: Traveling Heroin Therapeutics and Humanitarian Aid in Post-socialist China. En Bornstein, Erica y Redfield, Peter (Eds.) *Forces of compassion: Humanitarianism between ethics and politics* (pp. 149-174). SAR Press.

Käpylä, Juha y Kennedy, Denis (2014). Cruel to care? Investigating the governance of compassion in the humanitarian imaginary. *International Theory*, 6, pp. 255-292. Recuperado de: <https://doi.org/10.1017/S1752971914000025>

Mahmud, Basem (2021). Refugees and asylum seekers' emotions in migration studies. *RIEM. Revista internacional de estudios migratorios*, 11(1), pp. 27-58. Recuperado de: [https://doi.org/10.25115/riem.v11i\(1\).6045](https://doi.org/10.25115/riem.v11i(1).6045)

Mahmud, Basem (2022). *Emotions and belonging in forced migration*. Routledge.

McCallum, Stephanie (2012). El refugiado hiperreal. Formas legítimas e ilegítimas de ser refugiado en Argentina. *Temas de Antropología y Migración*, 4, pp. 30-53.

Moulin, Carolina (2012). Ungrateful subjects? Refugee protests and the logic of gratitude. En Nyers, Peter y Rygiel, Kim (Eds.) *Citizenship, migrant activism and the politics of movement* (pp. 66-84). Routledge.

Pacitto, Julia y Fiddian-Qasmiyeh, Elena (2013). *Writing the 'other' into humanitarian discourse: Framing theory and practice in South-South humanitarian responses to forced displacement*. Oxford: RSC Working Paper Series, 93. Recuperado de: <https://www.rsc.ox.ac.uk/files/files-1/wp93-south-south-humanitarianism-contexts-forced-migration-2013.pdf>

Rorty, Richard (1998). *Truth and Progress: Philosophical Papers*. Cambridge University Press.

Saldaña, Johnny (2009). *The coding manual for qualitative researchers*. Londres, SAGE.

Sánchez, Geydi, Aguirre, Manuela, Solano, Nataly y Viveros, Edison (2015). Sobre la dinámica familiar. Revisión documental. *Cultura Educación y Sociedad* 6(2), pp. 117-138. Recuperado de: <https://revistascientificas.cuc.edu.co/culturaeducacionysociedad/article/view/1049>

Silva Hernández, Aida, y López-Sala, Ana (2023). Humanidad en vilo. Movilidad, emociones y fronteras. *Migraciones Internacionales*, 14, pp. 1-8. Recuperado de: <https://doi.org/10.33679/rmi.v1i1.2758>

Skrbiš, Zlatko (2008). Transnational Families: Theorising Migration, Emotions and Belonging. *Journal of Intercultural Studies*, 29(3), pp. 231-246. Recuperado de: <https://doi.org/10.1080/07256860802169188>

Suski, Laura (2009). "Children, suffering, and the humanitarian appeal", en Wilson, R.A. y Brown, R.D. (coords.) *Humanitarianism and suffering: the mobilization of empathy*, pp. 202-222. Cambridge, Cambridge University Press.

Svašek, Maruška y Skrbiš, Zlatko (2007). Passions and powers: Emotions and globalisation. *Identities: Global Studies in Culture and Power*, 14(4), pp. 367-383. Recuperado de: <https://doi.org/10.1080/10702890701578415>

Svašek, Maruška (2012). *Emotions and human mobility: Ethnographies of movement*. Routledge.

TAD (2024). Trámite A Distancia EX-2024-40087655- -APN-DNPAIP#AAIP

Wilson, Richard y Brown, Richard, 2008, Humanitarianism and suffering: the mobilization of empathy. Cambridge: Cambridge University Press.

Wise, Amanda y Velayutham, Selvaraj (2017). Transnational Affect and Emotion in Migration Research. *International Journal of Sociology*, 47(2), pp. 116–130. Recuperado de: <https://doi.org/10.1080/00207659.2017.1300468>

Wolf, Diane (2002). There's no place like "home": Emotional transnationalism and the struggles of second-generation Filipinos. En Peggy Levitt y Waters, Mary (Eds.) *The changing face of home: The transnational lives of the second generation* (pp. 255-294). Sage.